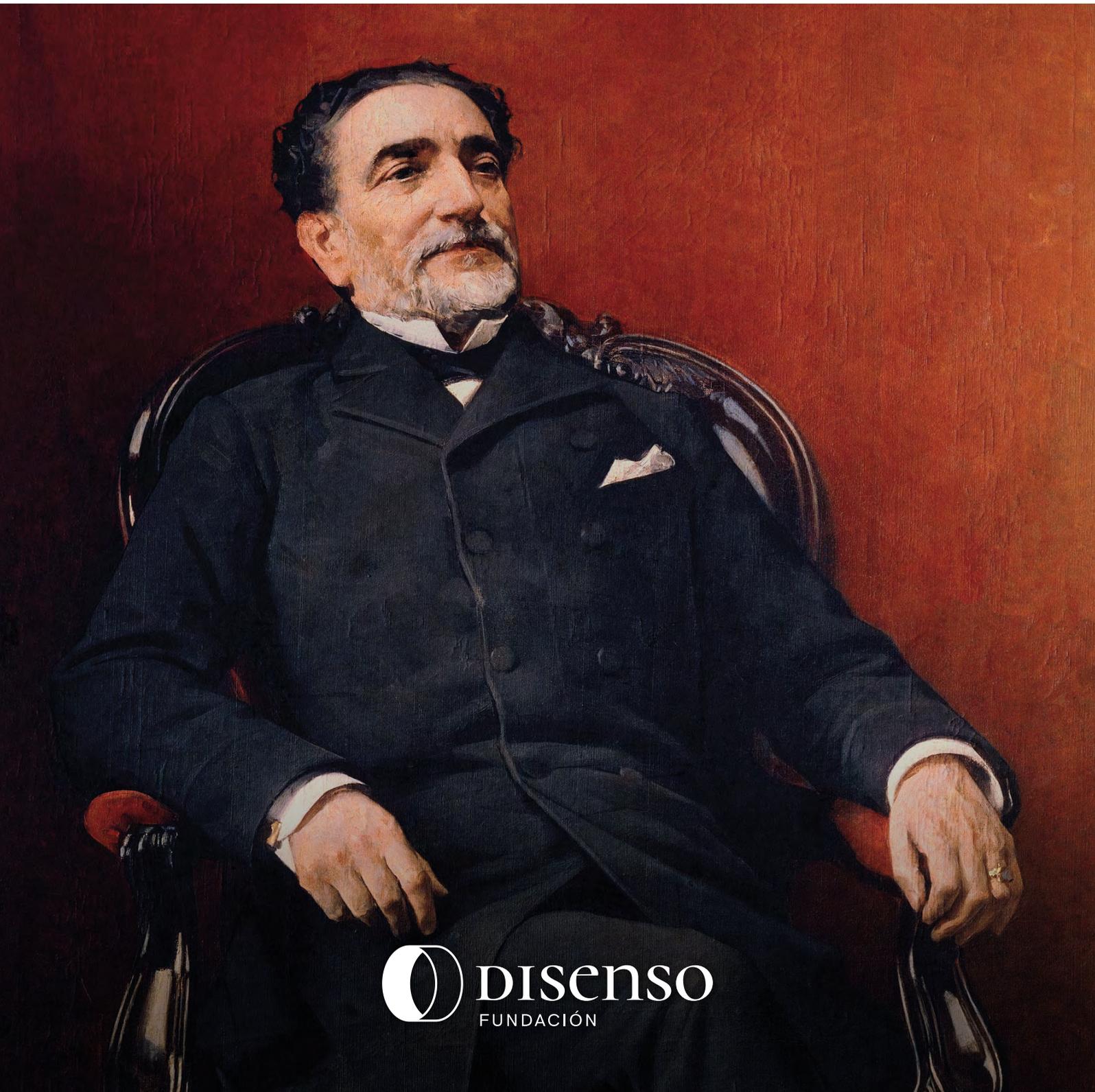


**POR CARLOS GREGORIO HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ**

---

# **PRÁXEDES MATEO SAGASTA**

*El ingeniero del liberalismo*



**E**n la vieja Rioja, entre campos de cereal y sierras, nació Práxedes Mateo Sagasta hace ahora doscientos años. Corría el día de la festividad de Santa Práxedes. Fue en Torrecilla en Cameros, que se extiende a orillas del río Iregua. Torrecilla es un pequeño pueblo, de algo menos de dos mil habitantes, que hoy no llega a los quinientos. Nada en aquel rincón agreste hace pensar que de él surgiría una de las voces más persistentes del liberalismo español. La historia nos enseña que muchos de los prohombres de la nación son hijos de pequeñas villas como esta. Sagasta se alzó desde aquel paisaje como una pieza fundamental en la estabilización y la evolución del Estado liberal español.

Su figura esta asociada a la Restauración, ese largo intento de España por reconciliarse consigo misma tras la vorágine revolucionaria y reaccionaria de todo el siglo XIX. En ese momento fue posible hacer oposición, dado que la alternancia se hizo real dentro de la legalidad.

Sagasta fue, junto a Cánovas del Castillo, la pieza clave del turno entre las dos familias del liberalismo bajo el amparo de Alfonso XII. Si Cánovas fue el guionista de la escena política desde el final del Sexenio y luego en los primeros tiempos de la Restauración, Sagasta fue su actor más vehemente, a la hora de impulsar cambios en el sistema para recoger la herencia política del Sexenio. Su liberalismo vació de contenido el republicanismo. Castelar, con mucho tino, consideró que el régimen al que se oponía había interiorizado la integridad de su discurso. Sagasta fue el principal artífice de ello, al llevar al Parlamento las leyes de imprenta (1883), la de asociaciones (1887), la reforma del código civil (1889), diversas leyes educativas y el sufragio universal (1890). El conservadurismo, como en otros ciclos históricos, terminó digiriendo todas estas cuestiones, pues no cambió ninguna de aquellas leyes cuando retornó al poder.

Desde joven se trasladó a Madrid para estudiar en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, y allí, más que la matemática de las estructuras, le sedujeron los cauces retóricos de la política. El ingeniero se convirtió pronto en periodista, y el periodista, en tribuno. Su pluma, afilada como el compás, que se asocia a la masonería, a la que perteneció, comenzó a dibujar los contornos de una nueva España. Fundó y dirigió *La Iberia*, uno de los diarios más influyentes del progresismo, desde el que arremetió contra la reina Isabel II, la corrupción ministerial y el absolutismo latente bajo la fachada constitucional.

Sagasta no era noble, ni militar, ni hijo de las élites de sangre. Era hijo del esfuerzo y signo de la incipiente movilidad social. Representaba —en su origen y en su estilo— una nueva clase dirigente que emergía en la España del siglo XIX: los profesionales, los ingenieros, los juristas, los médicos, los periodistas, que tomaban la palabra en el Parlamento. Fue, como el abogado Cánovas del Castillo, un exponente del cambio de época, del lento, pero irreversible, desplazamiento del poder desde la aristocracia tradicional hacia una burguesía ilustrada que reclamaba el gobierno por su supuesta capacidad. En su generación nombres como Eugenio Montero Ríos, Segismundo Moret y Francisco Silvela daban cuerpo a ese mismo fenómeno: hombres salidos de aulas y despachos, no de palacetes ni regimientos, que ocuparon los escaños del poder con una nueva conciencia de Estado. Sagasta y Cánovas fueron, entre todos ellos, los más duraderos, sólidos y visibles rostros civiles en una política que aún arrastraba la sombra del militarismo.

Sagasta alcanzó la cima de la política aún joven, especialmente para los cánones actuales —tenía 46 años cuando presidió su primer gobierno en 1871, bajo la monarquía de Amadeo de Saboya—, pero a un ritmo parecido al de otros gobernantes de su tiempo, como Ramón María de Narváez, Juan Álvarez de Mendizábal, Baldomero Espartero, Francisco Javier Istúriz, Joaquín María López, Leopoldo O'Donnell y el propio Cánovas del Castillo, que llegaron a la presidencia a una edad similar. Fue al final del reinado de Isabel II y en la etapa posterior a 1874 cuando la media de edad de los gobernantes comenzó a superar los sesenta años, en buena medida por la continuidad en el ejercicio del poder de los mismos hombres.

En las Cortes brilló por su oratoria: vehemente, a veces incandescente, pero siempre articulada, moderna, cargada de razones técnicas y morales. Su liberalismo no era el de los salones ni el de las barricadas, sino el de los gabinetes, el de los planes de reforma, el de las leyes educativas y las infraestructuras. Soñaba con una nación ilustrada, laica y ordenada, que fuese incorporando las ideas que no habían fecundado durante el Sexenio.

A Sagasta le tocó vivir entre regímenes efímeros, pronunciamientos, cambios de trono y fugas al exilio. Fue ministro en numerosas ocasiones, con carteras tan distintas como Gobernación, Estado y Fomento.

Y no una ni dos veces: ocupó quince veces un puesto en el gobierno antes de dirigirlo. Fue presidente del Consejo de Ministros en siete ocasiones, una más que Cánovas del Castillo. Cada entrada en el poder era para él no sólo un retorno, sino una oportunidad para transformar la Restauración desde la *Gaceta de Madrid* sin romper con el marco institucional.

Durante sus mandatos impulsó reformas que, aunque moderadas en apariencia, marcaron el horizonte de la modernización del Estado liberal. Aprobó el sufragio universal masculino, ampliando el cuerpo electoral a millones de españoles que hasta entonces no contaban. Reforzó las libertades públicas, especialmente la de prensa, que permitió un clima de opinión más abierto al menos hasta la guerra de Cuba. Favoreció la secularización del Estado, defendiendo la tolerancia religiosa y las restricciones a la Iglesia. Defendió con poco éxito, si nos atenemos al número de analfabetos, una educación que entendía como palanca fundamental para transformar el país. Reorganizó los códigos legales, apostó por la meritocracia en la administración, y promovió obras públicas que unieran el territorio más allá de los viejos caminos reales.

Sagasta entendía la transformación como un trabajo de ingeniería cívica: lento, medido y constante. Su liberalismo no quería encender revoluciones, sino edificar el país desde la ley. Por eso muchos lo acusaron de tibieza, de contemporizar con los caciques y de resignarse a la imperfección.

Los historiadores (José Luis Ollero, José Ramón Milán, etc.) han sido relativamente generosos con su figura por ese carácter reformista que marcó el tono de la época. Pero su pragmatismo tenía un coste. El turno, sostenido por el caciquismo y la manipulación electoral, algo que no era un vicio nuevo, ha favorecido que su rostro caricaturizado, con su característica barba y melena, sea uno de los iconos de aquel entramado. Sagasta lo sabía, aunque prefería la ilusión de legalidad a la incertidumbre del desorden.

La tragedia colonial lo alcanzó como una ola amarga. Fue bajo su gobierno que España perdió Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Carolinas, Marianas y Palaos en una guerra y una paz humillantes. Aunque había heredado un problema enquistado, los historiadores han señalado su inacción o sus erráticas decisiones sobre la dirección militar y política de la guerra. El Desastre del 98 fue también el suyo. Viejo y cansado, Sagasta contempló cómo se derrumbaba el edificio imperial y con él, gran parte del relato liberal que había sostenido durante décadas. El quicio del siglo XX abrió una nueva etapa.

Sagasta murió en Madrid en 1903, entre el respeto de sus rivales y la gratitud silenciosa de muchos que nunca le votaron, pero vivieron bajo sus leyes. La monarquía del joven Alfonso XIII le hizo suyo. Su cuerpo reposa en el Panteón de Hombres Ilustres, junto a la Basílica de Nuestra Señora de Atocha. Allí la piedra tallada por Mariano Benlliure ensalza a uno de los hombres que pensó y dirigió el país. La tumba, de bellísima factura, destaca por su presencia tranquila, yacente, de rostro realista, con levita y el collar del Toisón de Oro en el pecho, con la paz de quien descansa después del deber cumplido, y rodeado por una alegoría de la historia y un joven obrero.

La memoria no le ha dejado marchar del todo. Es uno de los políticos con más presencia en toda la geografía española. En Torrecilla en Cameros, su pueblo natal, un monumento lo recuerda como se recuerda a los padres que enseñaron a caminar. En Logroño y Madrid, su nombre cruza la ciudad como una espina dorsal. Su nombre vive en calles y avenidas de Zaragoza, Gijón, Alicante, Valladolid, Salamanca, Cádiz, Granada, Sevilla... como si el país aún susurrara, en piedra y asfalto, la gratitud que en su caso sí le expresó ya en vida. Un bronce suyo, dispuesto al otro lado del Ebro, junto a las Bodegas Franco-Españolas, fue atacado en 1941. Seguramente es el episodio más controvertido alrededor de su imagen. Se restauró en 1955 y volvió a estar al público, en un gesto que podía leerse como un signo de los nuevos tiempos, en 1976. La Fundación Práxedes Mateo Sagasta es de las más activas asociadas a una figura política. Pronto celebrará un congreso con motivo del bicentenario de su nacimiento. También la UCM albergará otro titulado «Sagasta y la monarquía liberal en la España del siglo XIX» los próximos días 22 y 23 de septiembre.

Sagasta fue el ingeniero de un liberalismo imperfecto, pero tenaz, capaz de construir sobre ruinas de varias guerras la idea de una nación española analogable a las demás de Europa, que los conservadores también hicieron suya.